

Los rascacielos más bellos de Nueva York

Del neogótico edificio Woolworth al nuevo One World Trade Center, un paseo por las cimas de Manhattan

Lonely Planet 26 ENE 2017



Contemplando el Empire State Building desde la piscina de un hotel de Manhattan, en Nueva York.

Nueva York entró en el siglo XX con los ascensores y la ingeniería del acero. Es decir, levantando sus icónicos rascacielos, como el neogótico Woolworth (1913), de 57 pisos, proyectado por Cass Gilbert; más de un siglo después sigue siendo uno de los 50 edificios más altos de Estados Unidos. Le siguieron otros muy rápidamente. En 1930, el edificio Chrysler, obra maestra *art déco* con 77 pisos de altura, diseñado por William Van Alen, se convirtió en la estructura más alta del mundo. Al año siguiente el récord fue batido por el Empire State Building, un monolito moderno de líneas puras y rematado por una aguja a modo de mástil para amarrar dirigibles. La idea, que le aportó gran publicidad, resultó ser poco práctica, además de inviable.

Con la llegada a Nueva York de los arquitectos europeos exiliados al final de la II Guerra Mundial, así como de otros muchos pensadores, nació un fértil diálogo con los arquitectos estadounidenses. Una época en la que se reconstruyeron amplios terrenos de Nueva York y los diseñadores y artistas se obsesionaron con las líneas puras, desprovistas de los adornos del estilo internacional. Uno de los primeros ejemplos de esta corriente fueron los edificios de la ONU (1948-1952), proyecto coral en el que participaron destacados arquitectos, como Oscar Niemeyer, Le Corbusier y Wallace K. Harrison. El edificio del Secretariado fue el primero de Manhattan en tener un muro a modo de cortina de vidrio, alzándose sobre el edificio curvo de la Asamblea General. Otros edificios importantes de la época son la Lever House (1950-1952), de Gordon Bunshaft, y el austero Seagram (1956-1958), de 38 pisos, de Ludwig Mies van der Rohe, dos manzanas más al sur.

Ambos figuran en esta ruta imprescindible por 11 rascacielos que dibujan, entre otros, el icónico *skyline* neoyorquino.



Vista aérea del Empire State Building, en la isla de Manhattan (Nueva York).

La estrella del skyline

Empire State Building (1931, 381 metros)

Igual que el Martini, un buen filete y el jazz, este rascacielos de la época de la Gran Depresión nunca envejece. Quizá el edificio Chrysler sea más bonito y el One World Trade Center y el 432 Park Avenue sean más altos, pero el que domina el perfil de Nueva York sigue siendo el Empire State, obra del estudio Shreve, Lamb and Harmon. También es, probablemente, el más cinematográfico: ha aparecido en más de 100 películas, desde *King Kong* a *Independence Day*. Subir a su mirador es una experiencia tan neoyorkina como comer un sándwich de pastrami en Katz's Delicatessen. El Empire tiene dos miradores. El de la planta 86, al aire libre, tiene telescopios que funcionan con monedas para escudriñar la metrópoli. El de la acristalada planta 102 permite ver divisar la ciudad desde mayor altura y contemplar los cinco distritos de Nueva York (si el tiempo lo permite).

El ascenso a los cielos implica un turístico *purgatorio* previo: largas colas para subir. Llegar a primera hora o a última evita esperas, así como comprar las entradas por internet (aunque cuesten dos dólares más).



La fachada del Flatiron, en Nueva York.

Un barco anclado en Manhattan

Edificio Flatiron (1903, 87 metros)

Considerado el primer rascacielos de Nueva York, el Flatiron –20 pisos y planta triangular– fue el edificio más alto del mundo hasta 1909. Lo diseñó Daniel Burnham en 1920, con la forma de proa de un gran barco. También es conocido, y fotografiado, por su ornamentada fachada *beaux arts* de piedra caliza y terracota, construida sobre una estructura de acero, que resulta más compleja y bonita cuanto más se mira. El mejor lugar para observar el edificio es la isleta peatonal al norte de la calle 23rd St, entre Broadway y la Quinta Avenida. Cuando fue levantado, dominaba toda esta plaza.

Aunque se planea transformar el Flatiron en un lujoso hotel de cinco estrellas, aún se está esperando a que los últimos inquilinos lo abandonen. Mientras tanto, en la planta baja hay un espacio artístico acristalado en el que se muestran obras de artistas invitados.



El edificio Woolworth, a la izquierda, y la torre 8 Spruce Street, de Frank Gehry, en Manhattan.

Una joya neogótica

Edificio Woolworth (1913, 240 metros)

Este edificio fue el más alto del mundo cuando se terminó de construir en 1913, una maravilla neogótica de 60 pisos diseñada por Cass Gilbert y revestida de mampostería y terracota. Aunque en 1930 fue sobrepasado en altura por el edificio Chrysler, su vestíbulo aún es un espectáculo de brillantes mosaicos de estilo bizantino. Solo puede verse en [visitas guiadas previamente concertadas](#), que también permiten descubrir algunas de sus curiosidades, como la entrada de metro privada o la piscina secreta.

En la ceremonia de inauguración, el edificio fue descrito como una “catedral del comercio”. Aunque pretendía ser un insulto, F. W. Woolworth, presidente del imperio de tiendas de baratillo que tuvo en él su sede, se lo tomó como un cumplido y se apropió del término.



El edificio Chrysler, de 1930, en Nueva York.

Homenaje ‘art déco’ al automóvil

Edificio Chrysler (1930, 319 metros)

El rascacielos más elegante de Manhattan se inspira en los automóviles de su época, con una decoración de acero que incluye gárgolas que se inspiran en los adornos habituales en los capós de los coches antiguos. Con sus 77 pisos, es una obra maestra arquitectónica que fusiona *art déco* y estética gótica, adornado con águilas de hierro y una aguja que recuerda al peinado de Elsa Lanchester en *La Novia de Frankenstein*.

Fue diseñado por William Van Alen en 1930 como sede del imperio automovilístico de Walter P. Chrysler. Incapaz de competir con la cadena de montaje con sus rivales Ford y General Motors, Chrysler les superó en el perfil de la ciudad y con uno de los vestíbulos más bonitos de Gotham –alter ego de Nueva York en cómics y películas–, que se puede contemplar en Lexington Avenue con la calle 42, en el Midtown East.

A pesar de que el edificio Chrysler no cuenta con restaurante ni mirador, el lujoso *hall* de acceso lo compensa con creces. Está envuelto en un brillo ámbar, con un aire años 20, entre exótica madera oscura africana y mármol, en contraste con el suntuoso acero forjado a mano de la era industrial estadounidense. Los ascensores son preciosos, con motivos de flores de loto egipcias taraceados en madera de fresno japonés, nogal oriental y ciruelo cubano.

Las mejores vistas del Chrysler se obtienen en la esquina entre la Tercera Avenida y la calle 44, desde donde se aprecian el esbelto perfil del edificio, las gárgolas y la aguja.



La Lever House, del estudio Skidmore, Owings and Merrill, en el Midtown de Manhattan (Nueva York).

Piel de cristal

Lever House (1950-1952, 94 metros)

El perfil de Midtown no lo dibujan solo el Empire State y el Chrysler; cuenta con otras maravillas como la Lever House, proyectado por el estudio Skidmore, Owings and Merrill. Cuando se inauguró, con sus 21 plantas, era de lo más moderno. Entonces, solo el rascacielos de la Secretaría de la ONU lucía piel de cristal, una innovación que redefiniría la arquitectura urbana. La forma del edificio era igualmente audaz: dos estructuras rectangulares contrapuestas, formadas por una torre esbelta sobre una base de poca altura. En el jardín exterior hay bancos de mármol del escultor estadounidense de origen japonés Isamu Noguchi, y en el vestíbulo se expone arte contemporáneo diseñado ex profeso.



El edificio Seagram, iluminado en primer término, de Ludwig Mies van der Rohe, en Nueva York.

Inspiración clásica

Edificio Seagram (1956-1958, 157 metros)

Un habitual de los libros de texto, el edificio Seagram, de 38 plantas, es uno de los mejores ejemplos mundiales del estilo internacional. Su autor principal, Ludwig Mies van der Rohe, fue recomendado para el proyecto por Arthur Drexler, entonces conservador de arquitectura del MoMA, y diseñó un edificio de inspiración clásica griega, con un podio bajo, pilares tipo columnata y revestimiento de bronce. Es la sede central de la empresa Seagram, fundada por un contrabandista que se hizo rico con la venta ilegal de alcohol durante la Ley Seca. Hoy es el símbolo del espíritu industrial, sencillez formal para dar prioridad a lo práctico.



Perfil del Citigroup Center, en el Midtown East de Manhattan.

La revolución de las formas

Citigroup Center (1974-1977, 279 metros)

Con su sorprendente tejado triangular y una fachada que recuerda a un bastón de caramelo, el Citigroup Center (139 53rd St en Lexington Ave, Midtown East), obra de Hugh Stubbins con 59 plantas, marcó la transición desde la sobriedad de los tejados llanos al estilo internacional. Aún más innovadora es la base, cortada en las cuatro esquinas para dejar el edificio suspendido sobre unos cimientos en forma de cruz. Esta configuración tan inusual permitió la construcción de la iglesia luterana de St. Peter, en el lado noroeste del edificio, en sustitución del templo neogótico original, demolido durante la construcción.



La torre Hearst, en el centro de la imagen, de Foster & Partners, en Nueva York.

Un panel de vidrio y acero

Torre Hearst (2003-2006, 182 metros)

La torre Hearst, de Norman Foster, es una de las obras más ingeniosas de la arquitectura contemporánea. Su diseño de paneles diagonales recuerda a un irregular panel de vidrio y acero, algo que se aprecia mejor de cerca y desde un ángulo determinado. La torre se alza en el hueco interior del edificio Hearst Magazine, de piedra artificial, proyectado originalmente por John Urban en 1928, quien lo concibió como un rascacielos.

La estructura, de 46 pisos, es una de las creaciones más ecológicas de la ciudad; el 90% de su acero procede de materiales reciclados. El vestíbulo alberga el mural *Riverlines*, de Richard Long, confeccionado con barro de los ríos Hudson (Nueva York) y Avon (Inglaterra).



Bank of America, un rascacielos ecológico en Nueva York.

Un rascacielos ecológico

Bank of América (2004-2009, 366 metros)

Esta torre con forma de cristal es famosa por sus credenciales ecológicas; una planta de combustión limpia que satisface en torno al 65% de las necesidades eléctricas anuales del rascacielos; filtros de aire con detectores de dióxido de carbono que incrementan la ventilación y mantienen el aire lo más limpio posible, y hasta ascensores programados para evitar viajes vacíos. La maqueta, de 58 plantas, diseñada por Cook & Fox Architects, recibió en 2010 el galardón que concede anualmente el Consejo de Edificios Altos y Hábitat Urbano de Estados Unidos.



La azotea de la torre residencial 432 Park Avenue, en Manhattan.

Alto, blanco y radiante

432 Park Avenue (2011-2015, 396 metros)

La estilizada torre residencial del 432 Park Avenue costó 1.300 millones de dólares. Es obra del arquitecto uruguayo Rafal Viñoly, que apostó por una fachada cúbica blanca y nítida, inspirada en la papelera que el diseñador austriaco Josef Hoffman ideó en 1905. El bloque se perfila contra el cielo de Midtown como un fino prisma cuadrangular. Es el segundo edificio más alto de la ciudad, por detrás del One World Trade Center, pero si se mide por la altura del techo supera en nueve metros a su rival, coronado por una aguja.



El One World Trade Center, dominando el sur Manhattan, en Nueva York.

El más alto de América

One World Trade Center (2014, 541 metros)

El rascacielos más alto de Nueva York se ha convertido en pocos años en uno de los iconos de la ciudad, con sus 104 plantas. En lo que era un doloroso vacío en la silueta del Lower Manhattan, el One World Trade Center, de los arquitectos David Childs y Daniel Libeskind, simboliza el renacimiento, la determinación y resistencia de una ciudad. No es otro rascacielos más, sino un gigante cargado de simbolismo, muy consciente del pasado, pero que también mira al futuro. Es la nueva parada obligada para disfrutar de inolvidables vistas de la ciudad.

Se puede subir a toda velocidad en un ascensor de cristal y disfrutar de las vistas de la ciudad a más de 100 pisos del suelo. Una visita a este edificio también permite descubrir a los obreros que lo construyeron y ver el lecho de roca sobre el cual se alza la torre. También hay un documental en *time-lapse* que muestra la evolución del perfil urbano de la ciudad desde el siglo XVII hasta hoy.

Con 541 metros, no es solo el edificio más alto de Estados Unidos, sino de todo el hemisferio occidental y el cuarto del mundo, gracias a la aguja que lo corona. El rascacielos alberga la plataforma de observación más alta de la ciudad. Aunque abarca del piso 100 al 102, la experiencia empieza en el Global Welcome Center, en la planta

baja, donde cada país de los visitantes se ilumina en un mapamundi electrónico. En la planta 100 el viajero puede disfrutar de unas vistas panorámicas de 360 grados desde donde se ven todos los puntos de interés de la ciudad, desde los puentes de Brooklyn y Manhattan hasta la Estatua de la Libertad, el Empire State y los edificios Woolworth y Chrysler.

Para evitar largas colas, se aconseja comprar las [entradas con antelación por internet](#).

Más información en la guía de [Nueva York](#) de Lonely Planet.